

to la ley del esfuerzo que Virgilio, más perspicaz que su siglo, cantó en versos admirables (1) y que es base fundamental, indispensable de todo progreso. Cada paso dado hacia este camino acercaría al mundo moderno al abismo por que rodó la civilización antigua. Los que prometen al pueblo felicidades infinitas con tal de que abandone el paciente trabajo y declare la guerra al capital, á la propiedad, á todos los derechos legítimos y respetables, le engañan por completo dejándole entrever su ideal en el porvenir; en el pasado, en la época más envilecida de la civilización romana, es donde deben buscarlo.

CAPÍTULO II

EL TRABAJO INDUSTRIAL Y DOMÉSTICO

Crear lo más rápidamente posible y con el menor gasto productos cada vez más perfectos: he aquí la condición, la ley que la libre competencia impone á la industria moderna. Como ésta sólo dispone de un limitado número de brazos, bastante costosos y que no pueden aumentar indefinidamente, se ve obligada, para conseguir el ideal de producción rápida, económica y perfecta, á recurrir á los inventos de la mecánica, y suple con máquinas las muy limitadas fuerzas del trabajo manual. «Si cada instrumento, decía Aristóteles, á una orden dada ó presentida, pudiera trabajar por sí mismo, como las estatuas de Dédalo ó las trébedes de Vulcano, que iban solas, según el poeta, á las reuniones de los dioses, si las lanzaderas tejieran solas, los contratistas no necesitarían obreros, ni los amos esclavos» (2). Realmente, el sueño del filósofo se ha realizado en parte. Ciertamente que aún hay obreros; pero en el trabajo que se les exige el empleo de la inteligencia tiende á sustituir cada vez más al esfuerzo material. Tienen máquinas que trabajan por ellos y bajo sus órdenes, librándolos de la tarea

(1) Virgilio, *Geórgicas*, I, 120-145.

(2) Aristóteles, *Política*, I, II, 5.

agobiadora, inhumana, sobrehumana, que en la antigüedad realizaban los esclavos. Las máquinas, escribía uno de los cronistas de la Exposición de 1867, son los verdaderos esclavos gracias á los cuales se ha conseguido la libertad de los hombres. ¿Quién ha hecho esta revolución? La necesidad.

La industria antigua estaba en gran parte libre de esta necesidad, madre del progreso. Una competencia limitada, el monopolio de la producción y del comercio asegurado á los poseedores de esclavos, la limitada expansión del trabajo y el escasísimo valor de la mano de obra: tal fué durante el Imperio la desdichada condición de la industria, consecuencia también de la situación económica impuesta por la esclavitud al mundo romano. Justo es reconocer que las continuas invenciones, los sucesivos é incesantes descubrimientos que en las sociedades modernas aligeran de día en día la labor del hombre haciendo trabajar en su lugar á la materia inerte, que obedece sin protesta, más que de un sentimiento de humanidad, son consecuencia de las necesidades industriales ó económicas que se derivan de la libertad de trabajo, de la libre concurrencia, del mejoramiento de las condiciones materiales de la vida. Siendo la suya una situación completamente distinta, ¿cómo podría el industrial romano sentir la necesidad de inventar? Poco se preocupaba de aligerar el trabajo de sus esclavos, y no creía tener interés alguno en hacerlo. Por su parte los esclavos tampoco tenían empeño en animarle, en empujarle en cierto modo al camino de los inventos en que él rehusaba entrar. Muchos grandes inventores modernos han salido de la clase obrera; pero su trabajo era libre, el fruto de sus inventos les pertenecía, y podía proporcionarles fama y riqueza. En cambio, el esclavo hubiera inventado para su amo, y sólo á éste hubiese aprovechado el progreso de la industria. Además, salvo circunstancias excepcionales, la esclavitud habría sido un obstáculo para ciertas investigaciones desinteresadas, únicas que producen resultados fecundos, los verdaderos descubrimientos. «No es fácil, dice Channing, obtener del esclavo el trabajo de un hombre libre. ¿Por qué? Pues porque no tiene el mis-

mo espíritu que un hombre libre (1).» Esto, que es verdad tratándose del trabajo material que el esclavo podía ser obligado á realizar, lo es sobre todo por lo que respecta al trabajo superior, que exige un esfuerzo intelectual, un motivo, un estímulo (2).

No obstante, sería un error el afirmar que la industria antigua no progresó nunca. Todas las artes de lujo y de gusto progresaron. Ejercitáronlas frecuentemente hombres libres; pero no parece ser ésta la causa principal de su desarrollo. Por muy exquisito que fuera el sentido artístico de los antiguos, y aunque alguna predilección tuvieron siempre por lo que halagaba la delicadeza, no llegaron nunca á distinguir perfectamente el artista del artesano propiamente dicho, y extendieron al primero el desprecio que sentían por el trabajo manual. «Ningún hombre bien nacido, decía Plutarco, ha sentido al ver el Júpiter de Pisa ó la Juno de Argos el deseo de ser Fidias ó Policeto» (3).

Luciano expone con mayor crudeza aún el mismo pensamiento. Evoca á la Ciencia, y pone en sus labios estas palabras: «Si te haces escultor, no serás más que un obrero... Aun cuando llegaras á ser un Fidias ó un Policeto, aun cuando hicieras mil obras maestras, tu arte estaría á la disposición de quien quisiera alquilarlo, y entre los que lo vieran no habría nadie con sentido común que quisiera parecerse á ti, porque, por muy hábil que fueras, pasarías siempre por un artesano, por un vil obrero, por un hombre que vive del trabajo de sus manos» (4).

Este desdén debió de extenderse con mayor motivo á los que practicaban artes menos elevadas, á las que los modernos dan el nombre de artes decorativas.

(1) Channing, *De l'esclavage*, edición Laboulaye, pág. 92.

(2) Algunas profesiones no pueden ejercerse sin independencia. Véase esta curiosa frase del emperador Juliano á propósito de los esclavos médicos: «Los médicos de condición libre prescriben lo que consideran necesario; pero el hombre que es á la vez esclavo de nacimiento y médico de profesión, se encuentra en un verdadero apuro teniendo al mismo tiempo que adular y curar á su amo...» *Contra el cínico Heraclio*, 3.

(3) Plutarco, *Pericles*, 2.

(4) Luciano, *El Sueño*, 9.

«Admiramos, dice Plutarco, una hermosa tapicería de púrpura, pero consideramos al tapicero como un artesano» (1).

No parece, pues, que estas artes, aun cuando eran ejercidas por hombres libres, se tuvieran por honorables ni que se recompensaran sus progresos con lisonjeras recompensas, otorgándoles la opinión pública, como sucede actualmente, las más solícitas atenciones y los más sinceros elogios y favores. La causa, pues, de su desenvolvimiento y del grado de perfección á que llegaron fué, ante todo, la necesidad que sentían de ellas los ricos refinados y ociosos del mundo antiguo, de tan exquisito y tan variado diletantismo, que, encontrándose constantemente en contacto con los productos de las artes suntuarias, á medida que olvidaban los fines elevados de la vida, se apasionaban más y más por todo lo que significaba lujo y gusto, interesándose directamente, personalmente, por aquello que pudiera aumentar sus satisfacciones y sus caprichos. Así, vióse á muchos romanos ricos enamorarse de jarrones, de alhajas, de objetos de arte, y enamorarse con pasión extravagante, rara y enfermiza, que en su cerebro vacío, en su vida desocupada, revestía la forma, tenía los caprichos y casi los arrebatos del amor. *Dilexit, adamavit, amore captus est, libidine accensus, non quievit temperare sibi in eo*. Estas palabras emplea Plinio al enumerar varios casos de tal locura. ¡Triste y grotesco cuadro! Se enamoraban de una estatua ó de una pintura, de la misma manera que de los delicados peces que guardaban en sus criaderos. Ni siquiera los hombres más serios en apariencia se libraban de tan chocantes monomanías.

Hortensio, el rival de Cicerón en elocuencia, que tenía tan hermosos criaderos de lampreas, á las cuales cuidaba mejor que á sus esclavos (2), se enamoró de una esfinge de bronce de Corinto, y no se separaba nunca de ella (3).

Bruto dió renombre á una estatuilla, obra de Apo-

(1) Plutarco, *l. c.*

(2) Plinio, *Hist. nat.*, IX, 81, Varron, *De Re rust.*, III, 7.

(3) Plinio, *Hist. nat.*, XXXIV, 18.

llodoro, á causa de la pasión que por ella concibió (1).

El consulario Cestio no podía vivir sin una estatua que adoraba, y que llevaba consigo á las batallas (2).

Nerón hacía que le acompañase á todas partes una *Amazona* de elaboración griega (3).

Plinio cita á un consulario hasta tal punto enamorado de un cubilete tallado en una piedra preciosa, que había desgastado los bordes á fuerza de besarlo (4).

Tan grande era el desequilibrio de aquellas almas, que cualquier objeto inanimado las conducía á las extravagancias de la pasión.

Tales amores requerían á veces violencia y sangre para ser satisfechos. Se proscribía á los hombres para apoderarse de su plata labrada (5). Verres fué proscrito por Antonio por no haber querido regalarle unos jarrones de Corinto (6). Antonio condenó asimismo al senador Nonius por resistirse á entregarle un ópalo engarzado en una sortija. Antes que salvar su vida sacrificando una alhaja, Nonius prefirió huir, abandonando todos sus bienes y no llevándose más que el ópalo apetecido. Tal era, dice Plinio, la pasión feroz del uno, y tal la tenaz resistencia del otro (7).

Algunos ricos venidos á menos no se desdeñaban de hacer labrar bajo su vigilancia cualquier objeto de arte ó de lujo. «Cuando recupere mi fortuna, dice un personaje de Juvenal, tendré siempre un escultor ocupado en su tarea, y un pintor pintando sin descanso» (8). Cicerón describe el taller de joyería de Verres (9). El mismo Verres obligaba á sus administrados de Sicilia á que fueran sus tapiceros: no había, dice Cicerón, ninguna casa rica donde no instalara una manufactura de tejidos; además, mandaba que le construyeran camas y lámparas de bronce. Des-

(1) *Ibid.*, XXXIV, 19; Marcial, IX, 51; XIV, 171.

(2) Plinio, *Hist. nat.*, XXXIV, 18.

(3) *Ibid.*, 18, 19.

(4) "Ob amorem abroso ejus margine.", *Ibid.*, XXXVI, 7.

(5) Plinio, *Hist. Nat.*, XXXIII, 52.

(6) *Ibid.*, XXX, 3.

(7) *Ibid.*, XXXV, 21.

(8) Juvenal, IX, 145, 146.

(9) Cicerón, II, *Verr.*, IV, 24.

pués de su pretura en Sicilia repartió entre sus *villas* italianas trescientos triclinios que había dispuesto adornar (1). Octavio, caballero romano, queriendo construir por sí mismo vasos de bronce, mandó hacer á Arcesilas un modelo en yeso (2). Drusilano Rotundo, rico esclavo de Claudio, convertido en tesorero de la España citerior, mandó fundir una bandeja de plata de quinientas libras de peso, para lo cual hubo necesidad de construir un horno especial (3). Vitelio se hizo fundidor (4). Bajo tales auspicios, no es extraño que las artes suntuarias progresaran. La perfección á que llegaron da más relieve al atraso en que la civilización romana dejó la mayor parte de las artes puramente usuales y mecánicas. Poco importaba á los orgullosos *dilettantes* de Roma que el pan se fabricara por groseros procedimientos, ni que el esclavo tuviera que mover la rueda del molino, ni que la máquina de que el *pistor* se servía fuese imperfecta: como el pan que comían tenía la suavidad y delicadeza apetecidas, no veían ni apreciaban el esfuerzo que costaba su fabricación.

En muchas casas de Pompeya se han encontrado ruedas de molinos de trigo, hechas exprofeso para ser movidas á brazo. «En una época de gran refinamiento y de extraordinario lujo, tales eran, dice Dyer, los groseros medios de que se servía la industria, y ésos todos los perfeccionamientos conseguidos para una de las máquinas más necesarias y de más constante empleo. Poco se preocupaban los romanos de la enorme cantidad de trabajo que malgastaban en la elaboración de artículos de consumo diario y general. Esto era consecuencia del empleo de esclavos y del reducidísimo provecho que podía sacar de su industria un panadero en un país en que el pan se hacía en casi todas las casas. Tan descuidadas como la de la panadería estaban las demás artes útiles. Así, por ejemplo, los romanos trabajaban tan bien como nos-

(1) *Ibid.*, 26.

(2) Plinio, *Hist. Nat.*, XXXV, 45.

(3) Plinio, *Hist. Nat.*, XXIII, 52.

(4) *Ibid.*, XXXV, 46; Suetonio, *Vitellius*, 13.

otros los metales: nada más hermoso ni más acabado que sus trébedes, sus lámparas, sus aldabones; en cambio, nada peor construido que sus cerraduras» (1).

En el texto de Dyer que acabo de transcribir hay una frase digna de especial consideración: «Poco se preocupaban los romanos, dice, de la enorme cantidad de trabajo que malgastaban». El pueblo que para divertirse sacrificaba varios miles de gladiadores al año, no podía apreciar el valor industrial del hombre ni lo que como trabajo y, por tanto, como riqueza significa un hombre más ó menos. La esclavitud representaba un inmenso é irracional derroche de fuerzas humanas. La fuerza productiva del hombre es un tesoro que debe administrarse con cuidado, con esmero. La moderna industria se preocupa de ello. Sabe maravillosamente sacar de cada cual todo lo que da de sí; tiene sabiamente dispuesto el trabajo de que son susceptibles el hombre, la mujer, el niño, y conoce hasta qué punto pueden explotarse la experiencia, la atención, el esfuerzo muscular de los individuos de diferente sexo, condición y edad que tiene á su servicio. Si se excede en algo, la religión, la opinión, la publicidad, la ley por un lado, y su bien entendida conveniencia por otro, la sujetan dentro de los límites que no deben sobrepasarse. Los antiguos patronos, considerando á los esclavos como una fuerza ilimitada y sin valor de que disponían por entero, demostraron no conocer la potencia ni tampoco la debilidad de sus instrumentos. Mientras aniquilaban á unos con agobiadoras tareas, encomendaban á otros trabajos verdaderamente irrisorios. En la distribución que hacían del trabajo de sus esclavos se advierte el capricho, nunca el raciocinio ni el cálculo. Algunos esclavos se pasaban la vida moviendo la rueda de un molino, usados como los animales; otros estaban día y noche amontonados, hacinados ante un telar; muchos trabajaban en el campo encadenados, teniendo por albergue una prisión subterránea, y, en cambio, los demás, efecto del ridículo funcionamiento de las casas ricas, no

(1) Dyer, *Pompeya*, pág. 356.

hacían en todo un día ni siquiera la labor que razonablemente se pudiera exigir á un niño.

Como el límite entre la industria propiamente dicha y el trabajo doméstico en las casas donde había muchos esclavos era indistinto ó mal definido, puede considerarse que, en realidad, estaban apartados de la producción nacional aquellos á quienes la esclavitud forzaba á ejecutar servicios de puro lujo, inútiles, y á veces inmorales. Empleando, como se empleaban, miles de esclavos en simples bagatelas, se privaba á la industria de grandísimos recursos, recayendo en un escaso número de hombres la pesada tarea del trabajo útil.

Ya se ha hablado bastante de esto; sería inoportuno presentar aquí de nuevo cuadros que seguramente todos recordarán, y cuyos principales trazos figuran, aunque esparcidos, en este libro. Prefiero estudiar una fase menos conocida de la esclavitud, describiendo la excesiva dispersión de las fuerzas humanas por efecto del abuso de la división del trabajo, que es una de las más sanas costumbres de la sociedad antigua, especialmente de la sociedad romana en tiempos del Imperio. De esta manera pinta Clemente de Alejandría el interior de una casa rica en el siglo II:

«No queriendo hacer nada ni servirse á sí mismos, recurren á los esclavos; compran cocineros, aderezadores de guisos, hombres acostumbrados á cortar carne, etc., y á estos servidores los dividen en diferentes categorías. Unos se encargan de preparar lo que puede saciar el apetito, otros sazonan los manjares, hacen las golosinas, los pasteles de miel, y, verdaderos arquitectos, construyen el andamiaje donde se han de servir los postres; otros cuidan las vajillas de oro; otros la plata, que limpian y preparan para los banquetes. Compran varios mancebos hermosos para ejercer de escanciadores. Los *ornadores* y las *ornatrices* cuidan del tocado de las mujeres. Hay esclavos encargados de los espejos, otros de las cintillas del peinado, otros de los peines y, por último, los eunucos..., y los esclavos, galos en su mayoría, que llevan á hombros la litera de las matronas» (1).

(1) Clemente de Alejandría, *Pædagogium*, III, 4.

Esta minuciosa distribución del trabajo fué en muchos casos consagrada por la ley misma. Diríase que el esclavo á quien se enseñaba un oficio estaba obligado á practicarle de por vida. Ciertamente que el amo estaba facultado para separarle de él y, como castigo, mandar, por ejemplo, al ayuda de cámara á trabajar en las minas, ó al escanciador á mover la rueda del molino: «Sírvenme pronto, dice Trimalcion, ó te enviaré con los mozos de cuadra» (1). Pero el que sólo poseía sobre los esclavos un derecho usufructuario, tenía la obligación de respetar la división de sus tareas, no pudiendo imponer al esclavo más trabajo que el que ejerciera cuando se constituyó el usufructo. «El que posee esclavos á título de usufructo, dice Ulpiano, debe utilizarlos con arreglo á su condición, careciendo de facultades para mandar, por ejemplo, á un esclavo escritor á trabajar en el campo, ó para hacer de un bufón un bañero, ó de un esclavo de la palestra un pobre hombre encargado de limpiar las letrinas: eso constituiría un abuso de derechos» (2).

No carece de interés el comentar, con la ayuda de los escritores antiguos y de las inscripciones, el texto de Clemente de Alejandría arriba citado. No hace referencia, como el de Ulpiano, á un caso particular, pero pinta admirablemente las costumbres romanas en el siglo más floreciente del Imperio.

Difícil es figurarse el género de vida que harían los aderezadores de manjares y los encargados de trinchar la carne (*scisores*) (3) de que habla Clemente. Debían de ser verdaderos artistas, limitándose todas sus aspiraciones á dominar el arte de cortar carne ó de preparar guisos. «¡Desdichado!—exclama Séneca. ¡La razón de su existencia, la única finalidad de su vida consiste en trinchar decentemente un ave!» (4). En el *Satyricon* (5) puede verse el grado de destreza que alcanzaban á veces estos «desdichados» y la estimación que los demás hacían de su habilidad. Para llegar á la

- (1) Petronio. *Satyricon*, 47.
- (2) Ulpiano, en el *Dig.*, VII, I, 15, § 1.
- (3) Petronio, *Satyricon*, 36.
- (4) Séneca, *Ep.*, 47.
- (5) *Ibid.*, 26.

perfección del arte era preciso haber tomado lecciones de un hábil profesor (1), y haber pasado muchas horas en ejercitarse, acostumbrar la mano é inventar nuevas combinaciones. El ideal consistía en realizar el trabajo á compás, bailando al son de una orquesta. Había gestos especiales ya establecidos, y eran distintas las actitudes según se tratara, por ejemplo, de un pollo ó de una liebre (2). El esclavo que llegaba á poseer esta habilidad se mantenía necesariamente en su puesto; todo otro empleo hubiera estropeado sus manos, diestras en una ciencia tan penosamente adquirida.

Pasemos de la repostería al guardarropa, «lleno de superfluidades», dice Clemente. Pues bien; la mayor de estas superfluidades la constituían los muchísimos esclavos que á él estaban adscritos. Allí, no sólo la confección de vestidos, sino su custodia se subdivide al infinito. Cada clase de trajes tenía á su cuidado un esclavo ó una sirvienta. Uno estaba encargado de los vestidos aparatosos (*á veste magna*) (3); otro, de los de mañana (*á veste matutina*) (4); éste, de los de paseo (*á veste forensi*) (5); aquél, de las telas de seda (*sericaria*) (6); y aún había otros esclavos adscritos al guardarropa: el *vestiplicus* y la *vestiplica*, cuyo oficio consistía en doblar y desdoblar las telas para que entre ellas escogieran á su gusto y capricho el amo ó el ama.

«Hay esclavos, dice Clemente, que tienen á su cargo el oro, otros cuidan de la plata, y otros limpian los vasos para beber». Realmente, la vida de los esclavos dedicados á cuidar las vajillas de valor (7) debía de ser tan ociosa como la de esas estatuas de piedra que se ven en algunos monumentos. Uno estaba encargado de las

- (1) Juvenal, XI, 37.
- (2) *Ibid.*, V, 120-124.
- (3) Orelli, 41, 2.970.
- (4) *Ibid.*, 2.897.
- (5) *Ibid.*, 6.374.
- (6) *Ibid.*, 2.834, 3.315; Henzen, 6.297.
- (7) Con referencia á las diversas clases de vajillas y á los objetos de que constaban, véase Ulpiano y Pomponio, en el *Dig.*, XXXIV, II, 19, § 12, 21.

copas de cristal, «cuya fragilidad marcaba su precio», (1) y á éste era, sin duda, á quien llamaban el esclavo *a calice* (2) ó el esclavo *a cristallinis* (3). Otros cuidaban las vajillas de oro. Este cuidado se repartía entre varios. El esclavo encargado de las copas de oro (*ab auro potario*) no tenía nada que ver con el encargado de los platos de oro (*ab auro escario*) (4). Había esclavos consagrados á las copas de plata (*ab argento potario*) (5) y esclavos consagrados á los platos de plata (*ab argento escario*); esclavos para los broncees (*a corinthiis*) (6) y esclavos para las perlas (*ad margarita*) (7); esclavos para los broches (*a fibulis*) (8) y esclavos para los perfumes (*ab unguentis*) (9). Cada cual se dedicaba á lo suyo. Trimalción mandó abofetear á un esclavo por recoger un plato de plata y salirse, por lo tanto, de sus atribuciones arrogándose las de uno de sus compañeros (10). Hasta este punto llegaba la disciplina en las casas romanas.

El lujo que en aquella época había, lo mismo en Roma que en el resto del Imperio, hacía necesaria esta división al infinito de los empleos domésticos. Los objetos más comunes constituían en casa de los ricos verdaderos tesoros que era preciso custodiar con exquisito esmero. Había calderos, sartenes y otros chismes más vulgares aún, de oro, de plata, de metal de Corinto (11). Tenían coches, sillas de mano, etc., adornados con marfil, con plata, con oro cincelado (12). Sus camas solían ser también de marfil, de concha, de pla-

(1) Séneca, *De benef.*, VII, 9; Plinio, *Hist. nat.*, II, 3; Clemente de Alejandría, *Pædagog.*, II, 3.

(2) Orelli, 2.878.

(3) *Ibid.*, 2.952.

(4) *Ibid.*, 2.897.

(5) *Ibid.*, 2.899; Henzen, 6.304.

(6) Orelli, 2.974; Henzen, 6.285, 6.308.

(7) Orelli, 2.828.

(8) *Ibid.*, 2.952.

(9) *Ibid.*, 2.971.

(10) Petronio, *Satyricon*, 34.

(11) Ulpiano, en el *Dig.*, XXXIV, II, 19 § 2; Plinio, *Historia natural*, XXIII, 49, 54, XXIV, 3; Marcial, I, 38. San Juan Crisóstomo en *Ep. Coloss.* homilía VII, 4, 5.

(12) Plauto, *Aulularia*, II, I, 46; Plinio *Hist. nat.*, XXIII, 49;

ta maciza (1), y sus mesas, de oro, de plata, de bronce y de maderas preciosas que á veces valían tanto como «la pensión de un senador» (2). También tenían tapices cuyo precio se elevaba á 800.000 sextercios (3). Ante los convidados brillaban vasos de oro ó de plata, frecuentemente constelados de pedrería, copas hechas con metales que valían varios miles de francos por libra, cubiletes (4) preciosísimos, etc. Á veces eran tan pesados los objetos de orfebrería que figuraban en los festines, que «apenas podían sostenerlos dos esclavos jóvenes y fuertes» (5). Pisaban con zapatos de oro incrustados de pedrería, haciendo, como dice Tertuliano, relucir las perlas en medio del barro (6). Se cubrían con ropas cuyo solo tinte costaba á razón de 1.000 francos la libra (7). También revestían de plata el piso de los cuartos de baño (8). Mientras siguieran los capitales inmovilizados en estas «superfluidades», era inevitable que el mejor de todos, el hombre, se inmovilizara, también puesto que tan enormes tesoros «difíciles de guardar» (9) requerían la vigilancia y el cuidado de centenares de personas, guardianes inmóviles, silenciosos, improductivos, de tantas riquezas inútiles.

Lampride, *Heliogábalo*; J Capitolino, *Verus*; Luciano, *Saturnales*, 29.

(1) Varron, *De lingua latina*, IX, 47; Plinio, *Hist. nat.*, IX, 11; XXXII, 51; Clemente de Alejandría, *Pædagogium*, II, 3; Luciano, *Cínico*, 9; Ulpiano, en el *Dig.*, XXXIV, II, 19, § 8; San Juan Crisóstomo, *De Lazaro*, Homis., I, 7, 8.

(2) Senatoris census (240.000 francos). Séneca, *De benef.*, VII, 9; Plinio *Hist. nat.*, XXXIII, 51; XXXIV, 8.

(3) 160.000 francos. Plinio, *Hist. nat.*, VIII, 48.

(4) Cicerón, II. *Verr.*, IV, 27; Plinio, *Hist. nat.*, XXXIII, 27, 53, XXVII, 7; Séneca, *De benef.*, VII, 9; Ulpiano, en el *Digesto*, XXXIV, II, 19, § 14.

(5) Plinio, *Hist. nat.*, XXXIII, 52; San Juan Crisóstomo en *Ep. Coloss.*, homs. I, 4.

(6) Plinio, *Hist. nat.*, XXXIII, 12; Clemente de Alejandría, *Pædagogium*, II, 11; Tertuliano, *De habitu mulierum*.

(7) Plinio, *Hist. nat.*, IX, 35, 39.

(8) Plinio, *Hist. nat.*, XXXIII, 54.

(9) Clemente de Alejandría, *Pædagogium*, II, 3; Cicerón, II, *Verr.*, IV, 15; Juvenal, V, 34.

También había, según nos dice Clemente, *ornadores* y *ornatrices* para cada parte del peinado: para el espejo, para los cintillos, para el peine. En muchas sepulturas de mujeres esclavas figuran esculpidos un espejo ó un peine, siendo esto un indicio de esta división de las funciones de cada cual. Ovidio, Propercio y Juvenal nos refieren que se congregaban muchas doncellas para adornar la cabeza de una dama romana, y que cada cual estaba encargada de un servicio, de un cometido, de un ornamento especial. Una sostenía el espejo de plata ó de oro en que había de mirarse su ama (1); otra tenía la misión de presenciar todos los días y de dirigir cuando ésta se lo ordenase el peinado de su ama. Toda clase de peinados inventados por la elegancia romana, desde el simple *vitta*, insignia del pudor (2), hasta los verdaderos andamiajes de bucles postizos y las enormes pelucas (3) que se ven en las estatuas de la Era imperial, parecen dirigidos por *ornatrices* prácticas en ese arte. Clemente lo dice expresamente por lo que se refiere á la *vitta* (4); las inscripciones nos lo demuestran con respecto al peinado alto llamado *tutulus* (*a tutulo ornatrix*) (5). Para llegar á ser *ornatrix* era preciso haber sufrido un largo aprendizaje en casa de un maestro peluquero (6). Después de dos meses de estudio, ¿merecía una esclava este título? Esta pregunta, formulada por los juriconsultos, dividió las opiniones de los más graves (7). Los peluqueros y las peñadoras tenían por ayudantes á los múltiples esclavos encargados de los perfumes, de los unguentos, de los aceites olorosos (*turarii*, *unctores*, *unctrices*, *unguentarii*) (8). Es lógi-

(1) Propercio, IV, VII, 75; Séneca, *Quæst. nat.*, I, 17; Plinio, *Hist. nat.*, XXXIV, 17; Ulpiano, en el *Dig.*, XXXIV, II, 19, § 8.

(2) Ovidio, *Ars. am.*, I, 31; *Remed. am.*, 386; *Trist.*, II, 247; *Pont.*, III, 51.

(3) Juvenal, VI, 120, 502.

(4) Clemente de Alejandría, *Pædagogium*, III, 4.

(5) Orelli, 2.974; Henzen, 6.285.

(6) Columela, *De Re rust.*, præfatio.

(7) Marciano, en el *Dig.*, XXXII, II, 65, § 3.

(8) Orelli, 2.791, 2.971, 2.974, 2.988; Henzen, 6.363, 6.364, 6.365, 6.367.

co suponer que en la sociedad romana, tan inteligente en medio de su corrupción, se asoció más de una matrona á la protesta de Terencio cuando exclama por boca de un personaje del *Heautontimorumenos*: «¿Pero es que realmente hacen falta tantas doncellas para adornarme?» *¿Ancilla tot me vestiant?* (1).

Es imposible calcular el número de personas de esta manera inmovilizadas en los inútiles empleos que les encomendaban los romanos ricos. Hasta había esclavos especiales encargados de imponer silencio á los demás, los *silentiarii*. A un solo signo de estos temidos vigilantes, cesaba por completo el tumulto de una casa grande y muy poblada, y varios centenares de hombres, de mujeres y de niños contenían hasta la respiración para no turbar el reposo del amo (2). Cuando salían de viaje, llevaban consigo verdaderos ejércitos de servidores. Una inscripción hallada en un *columbarium* próximo á la puerta de San Sebastián y conservada hoy en el Museo de Letrán, enumera el séquito de un viajero muerto en Roma. Aunque no se trataba siquiera de un hombre libre, sino de un esclavo rico empleado en el fisco de las Galias, llevaba á sus órdenes para que le sirvieran durante el viaje diez y seis de sus esclavos *vicarii* (3), un esclavo encargado de sus negocios comerciales (*negociator*), un esclavo administrador (*sumptuarius*), tres esclavos secretarios (*a manu*), un esclavo médico (*medicus*), dos esclavos custodios de la plata (*ab argento*), un esclavo para cuidar los trajes (*a veste*), dos ayudas de cámara (*cubicularius*), dos lacayos (*pedisequus*), dos esclavos cocineros (*cocus*) y una mujer llamada *Secunda*, cuya función no se deter-

(1) Terencio, *Heautontimorumenos*, I, I, 130.

(2) Séneca, Ep., 56; Salvino, *De gubernatione Dei*, IV, 2.

(3) Ex vicariis ejus.—Los esclavos *vicarii* eran los que mediante un sueldo pertenecían á otro esclavo, y se los menciona en muchas inscripciones. (Orelli, 1.465, 2.218, 2.807, 2.823, 2.824, 2.825, 2.826, 2.828, 2.860; Henzen, 5.362, 5.408, 5.961, 6.277, 6.279, 6.655) y en muchos textos jurídicos (Ulpiano, Juliano, en el *Dig.*, X, III, 25; XV, I, 37; XXXII, III, 73, § 5). Estos *vicarii* podían á su vez tener otros esclavos *vicarii* (Celsio, en el *Digesto*, XXXIII, VIII, 25).

mina (1). Este era el séquito que para viajar llevaba un hombre, rico, sin duda, pero que no estaba libre de los lazos de la esclavitud, y cuyas cenizas fueron depositadas en un *columbarium*, es decir, en una sepultura reservada á los esclavos y á la gente del pueblo. ¿Cuál sería el acompañamiento de un verdadero gran señor? Milon, yendo de Roma á Lanuvio con su mujer, llevaba «una orquesta compuesta de muchachos jóvenes» y, usando una palabra de Cicerón, varios «rebaños» de criados (2). Si alguna vez cualquier romano rico llevaba un cortejo reducido, esto era debido á que en sus casas de campo hallaba todo ese personal superfluo, y á que multitud de pajes se pasaban la vida esperándole (3).

Sin gran esfuerzo, no es posible reconstituir con el pensamiento la inmensa é inútil población que llenaba ciertas casas romanas. Imagino, por ejemplo, que un rico de los primeros siglos del Imperio va á pasar la tarde á casa de uno de sus amigos. ¡Á cuántos esclavos ociosos pondrá en movimiento esta visita! Se aproxima el visitante: acaban de anunciarle los *cursores* que preceden á su litera, su coche ó su caballo (4); á su alrededor se agrupa la multitud de pajes, de lacayos, de *pedisequi*, que le acompañan á todas partes, que le escoltan en el baño, en el teatro, en las visitas, en tan gran cantidad, que interrumpen la circulación, semejando un verdadero ejército (5). Entre ellos se distingue á los esclavos *lanternarii* con una linterna en la mano (6). Llega el cortejo á la casa hospitalaria, á través de cuyas ventanas se ve circular llevando lámparas de bronce ó de barro á los esclavos *lampadarii* (7). El *janitor*, cuya larga cadena se oye arrastrar, viene

(1) Henzen, 6.651.

(2) Cicerón, *Pro Milone*, 21.

(3) *Ea pädagogia, quæ ibi habebat, ut, cum ibi venisset, præsto essent in triclinio., Ulpiano, en el *Dig.*, XXXIII, VII, 12, § 32.

(4) Séneca, *De ira*, III, 30.

(5) Henzen, 6.445, 6.651; Luciano, *Nigrinus*, 13.

(6) Henzen, 6.292.

(7) Orrelli, 2.845, 2.930.

á abrir la puerta (1); los *velarii* (2) levantan las colgaduras que cierran el *atrium*; los *atrienses*, los *atriarii* se alinean en el vestíbulo (3); el *nomenclator* anuncia al visitante (4). Una vez cruzadas las primeras palabras de cumplido, éste es invitado por su huésped á los placeres del baño ó de la palestra. El *fornicator* ha calentado las termas domésticas; el *balneator* lo tiene todo preparado. Esclavos elegantes acostumbrados á servir en el baño á los amos se ponen á las órdenes del visitante; junto á ellos se coloca el *alipilus*, cuya delicada mano le depilará después del baño, y el *unctor*, que le llenará de perfumes (5). Después se pasa á jugar á la manzana ó á la bola, á cuyos juegos están destinados los esclavos *spheriste* (6). Luego se divierten con un pugilato entre esclavos boxeadores ó de palestra con un esclavo hábil en este juego (7). Mientras pasa el tiempo de esta guisa «los innumerables esclavos de las cocinas se congregan en derredor de las hornillas encendidas (8), los encargados de la mesa han dispuesto ya la comida y están prestos á servirla. Se anuncia la cena. Si el amo es supersticioso (en Roma la superstición y el escepticismo solían ir juntos), un paje joven puesto en pie á la puerta del *triclinium* advierte á los convidados que es de buen augurio entrar con el pie derecho (9). Próximos al comedor están preparados, dispuestos á penetrar en él según vayan siendo necesarios para entretener la enorme duración de la cena innumerables esclavos consagrados á di-

(1) Ovidio, *Amor.*, I, VI, 1, 25; Columela, *De Re rust. præf.*; Suetonio, *De claris rhetoribus*, 3.

(2) Orelli, 2.967.

(3) Orelli, 2.783, 2.784, 2.966; Henzen, 6.285, 6.305, 2.891, 6.445.

(4) Orelli, 2.875; Mommsen, *Inscr. regni neap.*, 6.843; Horacio, *Ep.*, I, 7; Luciano, *Nigrinus*, 21, y *Sobre los que viven á expensas de los poderosos*, 10.

(5) Paulo, Marciano, en el *Dig.*, XXXIII, VII, 13, 14, § 2; Clemente de Alejandria, *Pædag.*, III, 5; Plinio, *Hist. Nat.*, XXXIII, 12; Juvenal, VI, 421; XI, 157; Orelli, 2.791, 4.302.

(6) Henzen, 6.445.

(7) Orelli, 2.882, 4.270; Paulo en el *Dig.*, XLVII, X, 4.

(8) Séneca, *Ep.* 114.

(9) Petronio, *Satyricon*, 30.

vertir al amo y á sus huéspedes; desde los enanos y los locos, hasta los pantomimos, los saltimbanquis, los bufones, los cantantes, los actores, los músicos de ambos sexos, los danzantes, las bailarinas, que convertirán el *triclinium* en teatro, y los gladiadores domésticos, que harán de él una palestra (1). En el salón, alineados alrededor de los convidados ó sentados á sus pies, están las «manadas de escanciadores» de que habla Clemente, hermosos muchachos de lengua y brillante cabellera, que á veces se contaban por centenares, y que por una ridícula manía se emparejaban con arreglo á su talla, á su nacionalidad, á su color ó á su edad (2). Estos esclavos de lujo, de placer, de vergüenza, recibían los cuidados de muchos otros esclavos encargados de vigilarlos y de embellecerlos; había *pedagogi* para vestirlos y *ornatores glabrorum* para acicalarlos y cubrirlos de alhajas (3). Se prefería á los que «además de hermosos eran letrados» (4). Infinitos servidores tenían la misión de preocuparse de estos seres delicados y frágiles, que se marchitaban pronto como las flores que les daban su nombre (5) y sobre cuya tumba la sensibilidad romana escribía estas palabras: *brevis voluptas* (6), que podrían traducirse de este modo: «Los esclavos de placer viven poco.»

También los esclavos de trabajo se gastaban pronto. La esclavitud, bien fuera por exceso de labor ó por la degradante ociosidad, abusaba de tal manera del cuerpo y de la inteligencia, de todos los resortes de la vida

(1) Cicerón, *In Q. Cæcilium*, 17; II; *Verr.*, V, 35; *Pro Milone*, 21; *In Pisonem*, 8; Petronio, *Satyricon*, 31, 45; Séneca, *Ep.*, 50, 84; Plinio el Joven, *Ep.*, VII, 24; Silio Itálico, *Bell. Pun.*; XI, 51; J. Capitolino, *Verus*, 4; Paulo, Juliano, Modestino, en el *Dig.*, IX, II, 22, § 1; XXXVII, I, 25, 27; XL, V, 12; Orelli, 2.645.

(2) Cicerón, II, *Verr.*, I, 36; Horacio, I, *Carm.*, XXIX, 7; Séneca, *Ep.*, 95; San Ambrosio, *De Elia*, XIII, 46; San Gregorio Nacianceno Orat. XIV, *De pauperum amore*, 16, 17.

(3) Plinio, *Hist. Nat.*, XXXIII, 12; Orelli, 694, 2.974; Henzen, 62, 91;

(4) Cicerón, II *Verr.*, I, 36.

(5) Solía llamárselos Jacinto ó Narciso. Luciano, *Saturnales*, 24.

(6) Orelli, 2.803.

humana, que cada año transcurrido bajo su yugo disminuía más que aumentaba la fuerza productiva del hombre. Homero dice que la reducía á una mitad de su valor (1). Como convenía al amo que el capital humano rindiera pronto interés, es probable que la educación de los esclavos jóvenes se precipitase demasiado, forzándola hasta cierto punto. Se asemejaban á esas plantas cuyo desenvolvimiento normal se precipita por medios artificiales con objeto de que den antes su fruto. Había muchachitos de doce años capaces «de construir collares con sabia mano, y de servirse del oro flexible para componer alhajas de variadas formas (2), y niñas de parecida edad que habían ya debutado con aplauso del pueblo en la más artística escena de Roma» (3). «Parecía, dice el epitafio de una comedianta de catorce años, que había sido formada por manos de diosas» (4). Pero las diosas de la esclavitud mataban pronto á sus favoritos, y estos pequeños prodigios morían pronto. Los romanos reconocen que la esclavitud deformaba el cuerpo y el alma. Establecen distinción entre el esclavo *novitius* y el esclavo *veterator*. El primero no había conocido, ó en todo caso muy poco, la esclavitud; el segundo había soportado su yugo (5).

Este era considerado de peor calidad que aquél. «Los ediles, dice Ulpiano, prohíben vender un *veterator* por un *novitius*. Esta prohibición tiene por objeto prevenir los fraudes de los comerciantes, é impedir que engañen á los compradores. En efecto; muchos venden como nuevos esclavos que no lo son, obteniendo por este medio un precio más elevado, pues es opinión general que un esclavo nuevo es mejor, más apto y más dócil para cualquier trabajo que se le encomiende, mientras que los esclavos gastados y ve-

(1) *Odisea*, XVII, 322-323.

(2) Henzen, 7.252.

(3) Orelli, 2.602.

(4) *Ibid.* M. Henzen considera sospechosa la célebre inscripción de Antibes relativa á un esclavo de doce años: *Qui Antipoli in theatro biduo saltavit et placuit*. Orelli, 2.607; Henzen, p. 228.

(5) Venuleyo, en el *Dig.*, XXI, 1, 65, § 2. Cicerón, *In Pisonem*, 1.

teranos no suelen reformarse ni se amoldan fácilmente á las costumbres del nuevo amo» (1). Marciano define á estos esclavos *veteratores*, tan gastados y tan difíciles de dominar, «los que han servido durante todo un año en la casa» (2).

De estas últimas palabras se desprende la rapidez con que la servidumbre reducía el valor del hombre sometido. «Y aplicándose, dice un autor americano, este procedimiento embrutecedor durante doscientos años de padres á hijos, tenía que producir infaliblemente la consecuencia de que cada generación fuera inferior á las precedentes» (3). Parece, pues, natural que los obreros empleados por la industria antigua y por el trabajo doméstico, tantas veces confundido con ella, habían de perder de día en día parte de su fuerza, de su habilidad y, sobre todo, de ese impulso del alma que constituye el verdadero resorte del trabajo. Acaso si tal estado de cosas hubiera durado una serie de siglos la industria antigua habría vuelto á la barbarie. Por lo menos, es seguro que no progresó nada. Mientras dominó el Imperio romano, las artes mecánicas quedaron estacionadas; en cambio, las que halagaban el lujo ó el gusto alcanzaron en aquella época el más alto grado de desenvolvimiento.

Esta última palabra sólo se aplica á las artes suntuarias, porque desde fines del siglo I empezó á señalarse por los observadores finos la decadencia del arte grande. Si la escultura, menos sensible á las influencias externas, más resistente, por decirlo así, se mantuvo pura y noble bajo los Flavianos, la pintura desde ese momento empezó á declinar. Plinio se queja de que no se comprende ya su simplicidad y de que va perdiendo poco á poco su carácter decorativo, ahogada por la suntuosidad del mármol y el esplendor de los dorados y de los mosaicos (4). La expresión, su cualidad más

(1) Ulpiano, en el *Dig.*, XXI, 1, 37.

(2) "Sunt autem veterana (mancipia) quæ anno continuo in Urbe servierint: novicia autem mancipia intelliguntur, quæ annum nondum servierint." Marciano, en el *Dig.*, XXXIX, V, 16, § 3.

(3) Kirke, *Les noirs et les petits blancs*, p. 28.

(4) Plinio, *Hist. nat.*, XXXV, S.

importante, desaparece también. La pintura, dice Plinio, deja de ser algo viviente (1) y se pone al servicio de la curiosidad, del capricho, del sensualismo. «No teniendo ya necesidad de representar las almas, pierde hasta el secreto de representar los cuerpos: la desidia, la ociosidad, son las principales causas de la ruina del arte» (2).

¡Profundas palabras. aun limitando su aplicación al asunto de que trata Plinio! La desidia y la ociosidad aflojaron todos los resortes de la sociedad romana, detuvieron el progreso de las artes industriales entregadas á los esclavos, perdieron al gran arte, que cayó poco á poco en manos serviles (3), y facilitaron en cambio el inusitado desenvolvimiento de las artes suntuarias, característica de las sociedades decadentes.

CAPÍTULO III

EL TRABAJO AGRÍCOLA

I

Tal fué la influencia de la esclavitud sobre el trabajo industrial y doméstico. No fué menor sobre el trabajo agrícola, que es el que entre todos más necesita la libertad, porque no puede ejercerse sin cariño, sin deseo, sin una voluntaria compenetración del hombre con la tierra.

¿A consecuencia de qué acontecimientos se vió poco á poco sustituido el trabajo esclavo por el trabajo libre en los campos de Italia y, en mayor ó menor grado, en los de las demás partes del Imperio romano? Las causas de esta sustitución se remontan mucho en la historia de Roma. Va viéndose aparecer estudiando las leyes agrarias, ensayos casi siempre infructuosos que se sucedieron en diferentes épocas, desde el período real hasta los últimos años de la República. Al combatir la usurpación del *ager publicus* y la for-

(1) *Ibid.*, 2.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*, 7. Juvenal, IX, 145, 146.